

EL CUERPO

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

Hace pocos días atrás, los periódicos informaban acerca de un terrible caso de violación, de esos que ponen a prueba convicciones y creencias: Belén, una chiquita de 11 años que vivía con su abuela, tras visitar en varias oportunidades a su madre, confesaba haber sido violada por su padrastro, lo que desembocó en un embarazo. Como era de esperar, las opiniones arreciaron por el lado de la política establecida: mientras algunos abogaban por un ingenuo endurecimiento de las penas con el fin de prevenir actos de esta naturaleza, otros exigían la castración del pederasta. Dos guillotinas para un mismo crimen. Sin embargo, pocos se preguntaban por Belén, su presente y destino que entre todos le estamos deparando. En cuanto al mundo de los columnistas y de la academia, no han faltado aquellos que, muy en serio y alegando una sentida complicidad con la pequeña víctima, se preguntaban si “la niña o el niño no nacido debería contar, al menos, con un abogado que lo defienda” (Joaquín García-Huidobro, un universitario a quien conozco y leo con interés para entender un mundo que no me gusta, que es cada vez más excéntrico y marginal, pero que existe). Es legítimo reivindicar el conservadurismo y exhibir con orgullo creencias religiosas, pero de allí a homologar la vida de una niña y de un no nato, y sobre todo de amalgamar un caso de violación con una petición de tribunal en aras de la justicia para quien aun no nace, me resulta insensato y, a decir verdad, una expresión de barbarie. No es necesario entrar en la discusión, en la que se confunden razones científicas y morales acerca de ¿cuándo-comienza-la-vida?, para formarse un juicio sobre la experiencia psicológica y corporal de las mujeres cuando se embarazan. Y tampoco es razonable fantasear con un “¿y si le hubiese sucedido a tu hija?”, para interrogarse respecto de la belleza de dar la vida. Estas dos preguntas resumen el carácter único de ser mujer, y ante ella subordino mi opinión a una condición que puedo imaginar, entre sueños y maravillas, pero que nunca experimentaré. Pero no es allí en donde está lo esencial.

Contrariando la postura de mi colega J.G.Huidobro, sí me parece relevante hacer notar que en casos de violación, los hombres y las mujeres no nos encontramos en posición de igualdad. Aún más: me parece ser un acto de dominación masculina ofrecer principios morales de conducta a mujeres –y en este caso a una niña que Houellebecq llama tan simple y bellamente un “cachorro humano”- que experimentan no sólo un embarazo, sino el acto violento que condujo a él sin siquiera interrogarse acerca de la naturaleza de dicha experiencia. Digámoslo de una sola vez: lo que se encuentra en juego en este terrible caso de violación a una niña, es una trampa. En la medida en que Belén carece de discernimiento, habita una sociedad legal en donde

está prohibido abortar, su madre alega una relación consentida y su abuela un comportamiento ambiguo de una chica de 11 años, su situación es sin salida, y una terrible oportunidad para abogar por dar a luz a un niño del mañana por parte de una niña de hoy. Un verdadero oximoron. Peor aún: este caso favorece la definición del orden moral establecido, aquel arreglo de las relaciones entre los sexos y los géneros en donde poco importa si la vida es el fruto del amor, de la violencia ejercida sobre las mujeres o de si éstas son o no dueñas de sus cuerpos. Es la libertad de las mujeres lo que se encuentra en juego, y su amputación es lo que precisamente se aprecia en el caso de Belén, mujer y niña, con su experiencia del despojo que es imposible de expresar, y que tan bien describe Rimbaud: “yo escribía silencios, noches, notaba lo inexpresable. Yo fijaba vértigos”.